

3

“Vivir en confinamiento durante la pandemia”

QUIERO VOLAR

Cual golondrina surcando el cielo claro y despejado una soleada mañana de verano, sin rumbo fijo, sin destino, volando libre mientras veo mi reflejo en el agua cristalina del mediterraneo, tan profundo y calmado...

La libertad, cómo una simple palabra puede tener un significado tan complejo. Es algo que parece muy sencillo, ya que nos hemos acostumbrado a ello sin pensar y valorar todo lo que implica, hasta que como bien dice el dicho : *“uno no se da cuenta de lo que tiene hasta que lo pierde”*. Perder la libertad, algo que en pleno siglo XXI parece imposible, pero no lo es, y no ha habido otra forma de demostrarlo que con una pandemia mundial. Hemos podido observar que el mundo es un pañuelo y que todo nos puede llegar a afectar por muy lejos que esté. Nos arrebataron esa libertad como se le quita a un niño una piruleta, así de simple, y nos metieron en casa hasta nueva orden.

Al principio mucha gente pensaba que sería cosa de una semana pero se fue alargando y alargando y alargando... hasta que llegamos a cumplir un año de clausura.

La impotencia, la ira y la rabia fueron las primeras aflicciones que vinieron a mi cabeza al ver que toda mi rutina la cual muchas veces criticaba se había esfumado y había sido sustituida por una nueva etapa en mi vida llamada confinamiento, la cual me afectó tanto de manera positiva como negativa.

El hecho de permanecer durante 24 horas entre los mismos no más de 200 metros cuadrados día tras día fue un suplicio, pero me dio mucho sobre lo que pensar y he de admitir que no soy el mismo desde entonces.

Digamos que me adapté con bastante facilidad a la nueva rutina, me estructuré bien el día y no me resultó un cambio tan complicado, o eso pensaba yo, hasta que, allá por la segunda semana de cuarentena, me di cuenta de algo que cambió mi mente: el tiempo.

¿Qué es el tiempo? Buena pregunta, yo diría, que es la forma que tenemos los seres humanos de organizarnos, ya que en realidad no existe el tiempo como tal. Párate un segundo, cierra los ojos, inspira, piensa en cuántos años tienes, abre los ojos mira a tu alrededor, podrás ver objetos, personas, pero ¿puedes ver el tiempo? La respuesta es no. Y es por lo que ha cambiado mi forma de ver las cosas.

Todas las frases como: *no pierdas el tiempo, vive cada momento como si fuera el último, el tiempo es oro* son una verdad a medias ya que para mí no existe el tiempo. La idea de que exista el tiempo nos facilita la vida, se supone, pero en mi caso solo generaba estrés y ansiedad. Mi mente simplemente pensaba en no desaprovechar ni un solo segundo. Era incapaz de evadirme de mis pensamientos, relajarme y respirar, escuchar durante 5 minutos el cantar de los pájaros, el fluir del agua por el río, el roce del aire con las hojas de los árboles mientras tumbado en el césped húmedo de un monte, contemplaba la asombrosa belleza que posee la naturaleza.

Fue entonces cuando, tras haber pasado varios días sin dormir decidí que me iba a escapar. No aguantaba más días allí encerrado, y justo cuando mi mano giraba silenciosamente la manivela de la puerta de casa, percibí un leve contacto en mi hombro derecho, una portentosa figura apareció a mis espaldas: mi padre.

Cuando parecía imposible que las cosas fuesen a peor, me topaba de bruces con el peor castigo que he recibido jamás, estar encerrado en mi cuarto durante una semana, saliendo solo en escasas ocasiones para orinar u otras necesidades básicas. Había pasado de cien metros cuadrados a dieciocho metros cuadrados en un abrir y cerrar de ojos. Sin tecnología, sin ningún tipo de diversión excepto los libros de texto, los cuales tampoco sirvieron de mucho. Fue entonces cuando la ira se convirtió en dolor y amargura. Mientras mi mente divagaba por mis recuerdos con nostalgia, ya que pensaba que era el fin del mundo y que jamás volvería a salir de mi habitación.

Durante el día no hacía otra cosa que leer, ya que era lo único interesante y me distraía de la realidad. Pero por la noche un mar de lágrimas brotaban por mis ojos como cae lentamente de un árbol una triste hoja la cual se desprende de la vida intencionadamente. Era incapaz de contener el llanto, mi subconsciente era superior a mí y pasé las noches más duras de mi vida.

Pero un día todo cambió, volví a reencontrarme y decidí ponerme a escribir sobre todo lo que se me pasaba por la cabeza, lo cual me ayudó a dormir mejor y me hizo reflexionar sobre mi personalidad antes del confinamiento. Me di cuenta de que en ciertos aspectos de mi vida no era yo mismo, ya que cedía ante la presión social cambiando completamente mi forma de ser llegando al punto en el que ni yo mismo sabía quién era. Después de dicha reflexión me prometí que nunca más volvería a dejar de ser yo mismo por nadie.

Estuve meditando días y días ya que todo el tiempo que en un pasado echaba en falta ahora me sobraba por todas partes, pero no llegué a ninguna conclusión, bueno, mejor dicho, no llegué a un final. Era una especie de meditación infinita, ya que mi nuevo concepto del tiempo había liberado mi mente. Pero toda esa meditación se fue al traste cuando un día cualquiera a las seis de la tarde abrió mi madre la puerta con una expresión nerviosa y preocupada diciéndome que le habían llamado del hospital.

Una simple llamada había sumido a mi familia en la melancolía más pura que yo jamás había contemplado en un rostro vivo. Pero seguía sin saber qué información fue la que produjo semejante reacción en mi familia, ya que el castigo que se me había impuesto fue completamente ignorado durante las siguientes semanas. Parecía que nos hubiesen arrebatado la voz de un día para otro, apenas conversábamos durante las comidas.

Lo único inusual era ver la habitación de mis padres cerrada a cal y canto. Se pasaban horas dentro sin hacer apenas ruido, a veces se podía percibir algún susurro de mi madre entre las lágrimas de mi padre.

Fue el 31 de mayo cuando me enteré de algo que hubiese preferido no escuchar nunca, una sola oración que cambió mi vida por completo. Cuatro palabras que hicieron que me diese un vuelco el corazón. Un horroroso escalofrío me recorrió el cuerpo entero al escuchar a mi madre decir: *“tu abuela ha fallecido”*.

Ni un adiós, una despedida inexistente y repentina la cual hizo a mi padre entrar en depresión. Su madre, mi abuela, un referente para ambos y para muchos se había ido de manera inesperada para no volver. En ese momento no supe como reaccionar y volví a lo que había sido mi celda días atrás. Me encerré ya no solo en esas cuatro paredes, sino en mí mismo, impidiendo así que nada ni nadie penetrase mi vida. Levantando un muro alrededor de mi ser. Bloqueando cualquier estímulo exterior a mí.

Todos los recuerdos alegres que tenía con mi abuela se transformaron en nostalgia, y frustración por no haber podido ayudarle; no haberle acompañado en sus últimos momentos, el pensar que se había ido de manera injusta, sin razón alguna, y a falta de argumentos y de culpables terminé culpandome a mí mismo de lo ocurrido, a pesar de que no pude hacer nada para remediar lo ocurrido. Pero mi cabeza me impedía pensar con claridad. Cuando las lágrimas parecían haber abandonado mi vida resurgieron de sus cenizas para permanecer conmigo durante las próximas semanas.

Tras este suceso y mi anterior reflexión sobre el tiempo, perdí la cuenta de los días que transcurrían entre lágrimas y gritos de impotencia. Todo lo que me había enseñado el confinamiento me lo quitó la muerte de mi abuela. Parecía imposible salir de ese pozo, hasta que una pequeña figura inocente con el pelo largo y las piernas cortas se acercó a mí y me dijo con una sonrisa de oreja a oreja: *“ven, te quiero enseñar una cosa”*. Accedí ya que no tenía nada mejor que hacer y cogido de la mano por mi hermana fuimos hasta su cuarto donde me enseñó un dibujo de unas personas que saludaban a una nube. No comprendí muy bien su significado hasta que me lo explicó. Éramos ella y yo saludando a la abuela. Pensé que iba a romper a llorar pero dije *«¿cómo es posible que una niña tan pequeña e inocente sea capaz de llevar la muerte de su abuela mejor que yo?»*. Lo cual me hizo volver a un estado de paz para interiorizar todo lo sucedido y ver que me producía ciertas emociones tan negativas, no sin antes felicitar a mi hermana por su excelente trabajo.

Me sumé de nuevo en mis pensamientos, esta vez para abordar el problema desde otra perspectiva, aunque no fue nada fácil. Empecé por dejar de culparme. Luego pasé a ver que de nada servía lamentarse y que debía levantar la cabeza y dejar de mirar al pasado. Por último decidí proseguir con mi vida ya que sé que es lo que mi abuela hubiese querido, que yo fuese feliz.

Pasaron las semanas y el vivir apartados de la sociedad pasó a ser la “nueva normalidad”. Pero las restricciones eran más leves debido al descenso abismal en los contagios. Aunque, la verdad, no me encontraba en plenas condiciones como para salir, así que decidí permanecer una semana más aislado de la sociedad.

Acabó el año lectivo con un final cuanto menos predecible. He de decir que para mí las clases acabaron cuando pasaron a ser a través de una pantalla, ya que a duras penas realizaba alguno de los trabajos que me mandaban, ya fuese por mi castigo, mi depresión o mi déficit de ganas de vivir. En fin, una causa justificada, según el colegio.

Empezó el verano, la estación del calor, de la alegría y la fiesta. Era época de ir a la playa con los amigos, de comerte un helado intentando no manchar la camiseta nueva que te habías puesto para impresionar a la chica de tu grupo, de sonreír y divertirse a todas horas. Pero no, este era el verano más atípico de mi vida, metido en mi apartamento las veinticuatro horas del día, fue como trasladar nuestra “nueva vida” a otra residencia, ya que después de lo ocurrido ningún riesgo era consentido por parte de mis padres.

En esas fechas fue cuando perdí por completo el contacto con las redes sociales. Ya no hablaba con mis amigos, como mucho, alguno me llamaba de vez en cuando y para tener una conversación que no se prolongaba más allá de los dos minutos. Tal vez, debido a mi rudo carácter ante una conversación incómoda que me recordaba a lo sucedido con mi abuela.

A pesar de todo estaba empezando a disfrutar del aislamiento, comencé a dibujar y mis anotaciones mejoraron con el tiempo, poco a poco se fueron haciendo más extensas y elaboradas. Pero el recuerdo de mi abuela no se disipaba de mi mente y me iba consumiendo internamente sin que yo me percatase, devorando lentamente lo que quedaba de mí.

Ya nos encontrábamos a mediados de julio y en un verano para mí inexistente habían sucedido tantas cosas que era incapaz de ver la luz al final del túnel. Hasta que un día, como otro cualquiera, se levanta el confinamiento y mis padres toman la decisión de volver a conectar con la abandonada sociedad para la familia Gascó García.

El verano volvió a ser verano, valga la redundancia, y parecía que nada de lo sucedido meses atrás hubiese afectado a nadie. Todos actuaban con normalidad evitando hablar del pasado y centrándose en el presente y en posibles planes para el futuro. No llegué a comprender el poco efecto que semejante suceso había tenido en ciertas personas, tal vez por el simple hecho de que ellos y su familia estaban bien.

La completa inexistencia de una pizca de empatía fue lo que más me irritó, ver que nadie miraba más allá de su ombligo cuando las cosas se ponían serias de verdad. En ese preciso instante me di cuenta de que uno solo puede confiar en sí mismo, que nadie nunca va a hacer nada por ti sin esperar obtener algún beneficio a cambio. Fue por eso que decidí salir solo, no volver a juntarme con la gente, total, ¿para qué? Lo único que me iban a aportar era murria al comprobar que todos los que un día fueron amigos carecían de compasión y de sentimientos. Parecían recipientes vacíos, seres sin escrúpulos, lo cual me resultaba tan aterrador como triste.

Fue uno de los peores veranos en lo que a la amistad respecta, pero fue uno de los mejores a nivel personal, me formó como persona mucho más que cualquier otro. Aprendí a no temerle a la soledad, a disfrutar de ella, del aire puro del bosque. Empecé a escuchar el silencio, la mejor melodía que ha compuesto la naturaleza. Fue así como logré ser quien soy ahora.

Pero esto solo fueron los dos meses que duró el verano, ya que cuando parecíamos volver a la normalidad, un giro inesperado de los acontecimientos transformó de nuevo mi vida, haciéndome retroceder, volviendo a establecer unas medidas de seguridad mucho más estrictas que las supuestamente presentes durante el verano.

7 de septiembre, primer día de clase presencial. Hacía más de 5 meses que no contemplaba a ninguno de los seres con los que había compartido horas y horas en la misma sala. Algunos estaban como el último día que los vi. Otros sufrieron algún ligero cambio físico, nada impresionante, unos centímetros de más ya fuese a lo alto o a lo ancho. Todo parecía estar igual que cuando nos fuimos.

Tardé bastante más de lo normal en acercarme a Martín, mi mejor amigo, ya que hacía mucho que no hablábamos. Alguna que otra llamada de vez en cuando. Él me recibió con una sonrisa, supongo, ya que la mascarilla le tapaba la mayor parte del rostro, pero su tono de voz era alegre y despreocupado. Todo lo contrario al mío, que era triste y desolador. Charlamos largo y tendido sobre lo que había sido el verano para cada uno, aunque sin tocar temas personales, solo en términos generales, sin entrar en detalles. Como si nos hubiésemos conocido ese mismo día.

Tras acabar el recreo volvimos a clase, aunque no hay mucho que contar, matemáticas, historia, lengua, inglés, religión... por muchas epidemias que haya siguen siendo lo mismo, asignaturas aburridas y agotadoras para la mayoría de los jóvenes.

Pasaron los días y llegó el momento, 19 de septiembre, el entierro de mi abuela. Fue y es el único entierro al que he asistido en mi vida. Un escenario de tristeza inundaba aquella tarde. Asistimos por turnos porque no podíamos juntarnos todos debido a las circunstancias que acontecían. Se me escapó una lágrima, aunque no supe distinguir bien si era de tristeza o de alegría. Mi abuela me había enseñado infinidad de cosas durante toda mi vida, pero el hecho de que no estuviese había hecho mella en mí.

Ella era el vínculo que mantenía unida a nuestra familia, y la tensión entre mi padre y sus hermanos estaba más que presente ya que mi tío y su familia fueron los últimos en verla. Nadie más que ellos sabía lo que había pasado a ciencia cierta.

Pero, en vez de empezar una discusión probablemente inservible, cada uno marchó por su lado sin pensar en nada ni en nadie. Por aquel entonces no parecíamos una familia, lo cual me fastidió bastante. Pero no era nada insuperable ni mucho menos comparable a lo acontecido meses atrás.

Hoy, la vida no parecía vida, la gente no parecía gente. Yo, un ser desconcertado por los sucesos acumulados en sus últimos meses. Vagaba sin rumbo ni destino, sin objetivo alguno, simplemente me dejaba arrastrar por las pocas ganas de vivir que tenía. Intentando escapar de una realidad aplastante e inevitable, tratando de encontrar una vía de escape, un portal hacia otro mundo, un armario hacia una realidad diferente, buscando evadir todas sus emociones volviéndose así un ser frío e impasible, sin sentimientos ni pensamientos, con las nociones básicas de supervivencia de un ser del siglo XXI.

<<¿En qué me he convertido?>> Me preguntaba constantemente, sin saber bien qué responderme, ya que no era nada ni nadie. Parecía que la vida como la conocemos hoy en día se había extinguido, solo quedaban en el planeta unos seres que seguían siempre unos pasos, y los repetían sucesivamente.

Hasta que una brillante idea surgió en mi cabeza. Decidí buscar algo que me hiciera estar alegre, un proyecto que hoy en día parece muy simple, pero en aquel momento fue una de las cosas más complicadas. Buscaba algo sin saber bien cómo debía ser. Volví a dibujar, pero aquello no me alegró; trate de escribir, pero tampoco sirvió de nada; volví a salir a pasear, pero esa tampoco fue la respuesta. Hasta que un día recordé el momento en el que mi hermana entró a mi habitación y me enseñó su dibujo. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que me hacía feliz, ver a la gente que quiero sonriendo.

Poco a poco dejé de ser tan arisco con mis padres, volvimos a abrazarnos, a reírnos, a hablar de cualquier cosa sin importancia, con tal de conseguir una sonrisa.

Pasaron los días y volvimos a reconciliarnos con la familia, y todo parecía volver a ser medianamente normal. Volví a salir con mis amigos, a reírme con ellos y a disfrutar de mi juventud, volviendo a revivir momentos pasados que aún recordábamos. El deporte volvió en el momento más oportuno, volver a una cancha, botar un balón, la compañía, el ambiente, a pesar de las mascarillas, el virus y todo lo que ello conllevaba todo era mejor que nunca.

Esa libertad mencionada al principio parecía volver a nosotros, los sentimientos positivos llenaban mi mente, ningún pensamiento era negativo, no había ni ira ni lástima, ya no me encontraba encerrado en mi habitación, pero algo no estaba bien, yo no estaba bien.

Era cierto que había cambiado mucho, y a mejor, pero algo en mí no era como debería, o al menos eso sentía yo. Me embarqué en la búsqueda de lo que me incomodaba. Navegué entre emociones y recuerdos, hasta llegar a la cima de la montaña. Allí, entre una nube de confusión y un frío que no me dejaba pensar con claridad, vi mi rostro reflejado en un espejo, el espejo que hay a la entrada de casa de mi abuela, antiguo, con un pequeño rasguño en la esquina superior izquierda, sujetado por mi abuela. No lograba entender qué hacía mi abuela allí, si era ella la que me había ayudado a superar esta difícil etapa de mi vida.

Salí de mi mente para volver a la realidad, y decidí que simplemente tenía que descansar, tumbarme en el césped a escuchar el silencio, tranquilo, sosegado sin nada que pudiese perturbar mi calma, y respirar profundamente...

Es martes 31 de mayo de 2022. Me encuentro en mi cuarto trabajando en un proyecto, sumido en mis ideas, hasta que entra, esta vez mi padre, con un rostro triste, con el móvil en la mano izquierda a punto de caerse. A pesar de las remotas posibilidades que habían de que ocurriese ese mismo día, la escena más espantosa ocurrida el año anterior volvió a suceder, exactamente las mismas palabras, esas palabras que retorcieron mi estómago y agitaron ciertos recuerdos ya pasados...

Es entonces cuando abandono por unos instantes mi cuerpo y mi alma, para convertirme en un pájaro, y poder volar, surcando el cielo claro y despejado una soleada mañana de verano, sin rumbo fijo, sin destino, volando libre mientras veo mi reflejo en el agua cristalina del mediterraneo, tan profundo y calmado...

“Uno no se da cuenta de lo que tiene hasta que lo pierde”